



Estilo

SEMANARIO DEL FALANGISMO VALLESANO
DIRECTOR: C. COLOMER MARQUÉS

AÑO II

GRANOLLERS, 8 JUNIO DE 1941

NÚM. 41

EDITORIAL

Apostillas a la Encíclica "Rerum Novarum"

Cincuenta años se cumplieron, el quince del mes pasado, de la publicación de la trascendental y magistral Encíclica «Rerum Novarum» de León XIII, definidora de la posición católica frente al problema capitalista. No obstante, se deduce que medio siglo no ha sido tiempo suficiente para que la misma llegase al conocimiento de muchos interesados que prefieren seguir en la ignorancia o, cuando menos, aparentarla, antes de cargarse con la clara e ineludible responsabilidad de un categórico deber de conciencia. A una parte de estos, a los patronos, van dirigidos los siguientes extracto parcial y glosas de tan importante documento pontificio:

«A los ricos y a los amos toca: que no deben tener a los obreros por esclavos; que deben en ellos respetar la dignidad en la persona y la nobleza que a esa persona añade lo que se llama carácter cristiano.» «Pero entre los principales deberes de los amos, el principal es dar a cada uno lo que es justo. Sabido es que para fijar conforme a la justicia el límite del salario, muchas cosas se han de tener en consideración; pero, en general, deben acordarse los ricos y los amos que oprimen en provecho propio a los indigentes y menesterosos, que tomar ocasión de la pobreza ajena para mayores lucros es contra derecho divino y humano. Y el defraudar a uno el salario que se le debe es un gran crimen que clama al cielo venganza. *Mirad que el jornal que defraudasteis a los trabajadores clama, y el clamor de ellos suena en los oídos del Señor de los Ejércitos.* (Jac, v. 4).

«Y si acaeciese alguna vez que el obrero, obligado de la necesidad o movido del miedo de un mal mayor, aceptase una condición más dura, y aunque no lo quisiera, la tuviera que aceptar por imponérsela absolutamente el amo o el contratista, sería ésa hacerle violencia, y contra esta violencia reclama la justicia.»

¿Cuántos fueron los amos y capitalistas españoles que obedecieron tales deberes de justicia? ¿Quién fué el que, en más o en menos, no aprovechó, para su lucro y concupiscencia, la ocasión de encontrar obreros con salarios más bajos de los que precisaban para su sustentación y la de sus respectivas familias, que le brindaba el liberalismo con su sistema de contrato libre y no limitado sino por el egoísmo y superioridad en la lucha del patrón y la depauperación del obrero? ¿Cuántos amos se encontrarían que, libremente y a tenor de las posibilidades de la industria y del cambio de los tiempos, aumentaron el jornal de sus obreros, como no fuese mediante imposiciones y huelgas?

Desde luego, los hay; todos conocemos patronos que siempre cumplieron con sus deberes de justicia como católicos y como hombres; pero, ¿y la mayoría? Ah, aquí casi es todo negro. Y, no obstante, continuaron llamándose cristianos y asistiendo a la misa de doce los domingos... Pero, porque no lo fueron y no cumplieron como tales, España se vió en el terrible trance de detener una ola de barbarie que, avasallando la posición de los capitalistas, cosa que sería indiferente, intentó destruir todo lo inmutable y eterno de nuestra condición humana: Dios, Patria, Familia, Propiedad... Y para impedirlo hubieron de morir miles y más miles de españoles que, en súbito arrebato, corrieron a vestir el hábito azul de una moderna orden militar.

Solución: en el obrar cristiano de cada uno, continúa la Encíclica; por lo tanto, obligaciones de fuera interno que son, para los verda-

deros creyentes, las únicas que no se pueden eludir ni mixtificar. Pero ¡hay tan pocos de verdaderamente creyentes!, por eso «parte del remedio que se busca se ha de exigir al Estado»: «1.º Mediante el desarrollo de la prosperidad material, tanto pública como privada.» «2.º Mediante la práctica de la justicia distributiva.» «3.º Mediante un interés especial por la clase obrera;» y «4.º por la intervención en algunos casos especiales.»

«Exige, pues, la equidad que la autoridad pública tenga cuidado del proletario, haciendo que le toque algo de lo que aporta él a la común utilidad, que con casa en que morar, vestido con que cubrirse y protección con que defenderse de quien atente a su bien, pueda con menos dificultades soportar la vida. De donde se sigue que se ha de tener cuidado de fomentar todas aquellas cosas que se vea que en algo pueden aprovechar a la clase obrera. El cual cuidado tan lejos está de perjudicar a nadie, que antes aprovechará a todos, porque importa muchísimo al Estado que no sean de todo punto desgraciados aquellos de quienes provienen esos bienes que el Estado tanto necesita.»

«Deben, además, religiosamente guardarse los derechos de todos en quienquiera que los tenga; y debe la autoridad pública proveer que a cada uno se le guarde el suyo, evitando y castigando toda violación de la justicia. Aunque en el proteger los derechos de los particulares, débese tener cuenta principalmente con los de clase ínfima y pobre. Porque la raza de los ricos, como que se puede amurallar con sus recursos propios, necesita menos del amparo de la pública autoridad; el pobre pueblo, como carece de medios propios con que defenderse, tiene que apoyarse grandemente en el patrocinio del Estado. Por esto, a los jornaleros, que forman parte de la multitud indigente, debe con singular cuidado y providencia cobijar el Estado.»

¿Cuántos hay que, llamándose católicos y después de la guerra que hemos pasado, no reconocen todavía estas verdades papales! ¿Quién no ha oído hablar mal de la intervención que el Estado realiza en la producción, en bien siempre de la clase obrera, por medio de los Sindicatos de F. E. T. y de las J. O. N. S.? Nos encontramos con lo mismo: católicos de apariencia. No hay suficiente con ir a misa y darse golpes al pecho, hay que obrar como cristianos. Y obrar en cristiano significa renunciar a los egoísmos de clase y casta, aceptando en todas las relaciones humanas—individuales, familiares y sociales—la doctrina de Cristo, definida por la Iglesia. Es en los momentos críticos cuando se ve el modo de ser interno de cada individuo. Las restricciones que impone la actual contienda mundial, son sacrificios que corresponden a cada español, a los altos y a los bajos, y en este sacrificio es en donde tenemos que demostrar nuestro cacareado catolicismo. No es bastante, ¡ni que pensar!, ser amigos de los curas y pertenecer a cofradías y asociaciones religiosas; es necesario que un auténtico sentido religioso y cristiano informe nuestro obrar y nuestro decir. Mientras no sujetemos, absolutamente y sin restricciones, nuestra conducta a los normas de la Iglesia de Cristo, las bayonetas de la Falange y del Nacional-Sindicalismo tendrán de estar afiladas para defender a los valores eternos de Dios y de la Patria y proteger al humilde contra el capitalismo laico y opresor.